



JOSÉ GIMÉNEZ CORBATÓN \*

# Collioure, 1939-2009

Escaso eco se ha hecho la prensa del setenta aniversario de la muerte de Antonio Machado. Somos seis los amigos que el día 21 de febrero emprendemos el camino de Collioure, con la intención de leer poemas delante de la tumba del autor de *Campos de Castilla*. No queremos un viaje triste, ni melancólico, ni necrófilo. Machado nos revitaliza con su ejemplo. Es quizá el autor de su Generación (con Valle-Inclán) en el que lo preciso y lo honesto, la verdad propia sin recovecos ni desvíos, destellan con más brillo. Su hermano José, que lo acompañó en sus últimos pasos, escribía en carta a J. Santaló el 15 de julio de 1939, desde Meurville (Aube): "Me pregunta usted cuáles eran sus propósitos, sentimientos y pensamientos. Intentaré contestarle. Como poeta, fue uno de ellos durante toda su vida conservar en el fondo de la conciencia la clara visión de la infancia. Pensaba que conseguir este ideal era casi el milagro, ya que para él era el hombre una degeneración del niño, que se alejaba cada vez más como un río de la fuente de su origen. Sus versos no fueron jamás improvisados, sino la consecuencia de muchas cuartillas escritas y tiradas al cesto de los papeles para dejar al fin sobre la mesa de trabajo cuatro versos todavía con infinitas correcciones. Y para esto había visto amanecer, cosa que le ocurría casi siempre y no se acostaba satisfecho" (Gonzalo Santonja: "Las últimas soledades de Antonio Machado". En VV.AA.: *Lecturas sobre el 98*. Segovia, Pavesas. Hojas de Poesía, núm. XI, 1998). El último verso que escribió Machado, el que su hermano José encontró escrito en un papel arrugado en un bolsillo de su bata, en la habitación del hotel de Collioure donde el poeta y, tres días más tarde, su madre Ana Ruiz, hallaron la muerte, extenuados ambos, decía: "Estos días azules y este sol de la infancia".

Dejamos la autopista para adentrarnos en Roses, donde pasamos la noche. En las calles se celebra el Carnaval. Sembramos versos de Machado, casi siempre al azar, en cada etapa del camino. El domingo enfilamos la carretera de la costa -Llançà, Portbou, Cerbère, Port-Vendres-, la misma que siguieron tantos exiliados, cientos de miles. Decía Juan de Mairena que "el hombre es el animal que usa relojes". Franco quiso parar el reloj de la historia para aquellas mujeres y hombres, niños, jóvenes y ancianos que cruzaron la frontera hacia un destino incierto. Franco sabía de correajes, de cañones y de muerte. Pero no de relojes. No sabía que el suyo nacía parado, sin ni siquiera historia que detener, sin historia. La historia que vale la pena considerar es la que hace avanzar a los pueblos. Franco no es digno de consideración. Escribió Machado en *La guerra*, su último libro, publicado durante la Guerra civil ("Carta a David Vigodsky"): "En España lo mejor es el pueblo. Por eso la heroica y abnegada defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me conmueve, pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos -nuestros barinas- invocan la palabra y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero

la compra con su sangre y la salva. En España, no hay modo de ser persona bien nacida sin amar al pueblo. La demofilia es entre nosotros un deber elementalísimo de gratitud" (recogido en Santonja, *opus cit.*). Es la segunda vez que visito la tumba de Machado. El cementerio está en el centro mismo del pueblo, muy cerca del hotel Bougnol-Quintana, donde murió, muy cerca del mar también. La tumba de Machado y de su madre se halla a escasos metros de la puerta de entrada, a la derecha. Un poco más allá, muy visible, se erige otra, coronada por una cruz grande de piedra, donde están enterrados tres curas párrocos de Collioure. Detrás de los curas, a la izquierda, reposan los restos de un pintor español que ganó un Premio de Roma en 1934, Balbino Giner. En el cementerio abundan los nombres españoles y catalanes.

En torno a la tumba, muchos visitantes, algu-



nos -como nosotros- con banderas republicanas. Descendientes de exiliados, jóvenes poetas, una delegación sevillana de la Junta de Andalucía, también muchos franceses. Collioure está hoy lleno de visitantes que van y vienen del cementerio. Sobre la tumba de Machado y de su madre, flores, inscripciones, homenajes, uno de ellos del Instituto de Secundaria de Sariñena.

Leemos "Retrato": *Mi verso brota de manantial sereno; "Parábolas": Quedose el niño muy serio / pensando que no es verdad / un caballito soñado; Si mi pluma valiera tu pistola / de capitán, contento moriría...*

Frente al hotel Bougnol-Quintana, hay un mercado al aire libre. Tres jóvenes franceses (un hombre y una mujer, dos guitarras y un clarinete), interpretan música de Django Reinhardt: *Ton doux sourire*. La muchacha del clarinete nos dice que Machado es uno de sus poetas preferidos.

En el quiosco de la prensa compro el catálogo de la exposición titulada "Février 1939: La retirada dans l'objectif de Manuel Moros". Propiciada por la Dirección de la Cultura de Perpignan, el Museu Memorial de l'Exili de la Jonquera, la Región Languedoc Roussillon y el Consejo General de los Pirineos Orientales, la muestra recoge las fotos que el pintor y fotógrafo francocolombiano Manuel Moros hizo del éxodo republicano. Al recibir las primeras noticias de la retirada, Moros, armado con su cámara, tomó instantáneas de la *débacle* humana en Port-Bou, en Cerbère, en Port-Vendres, en el Camp de la Mauresque (un campo donde se "acogía" a los niños), en Argelès-sur-Mer, y en el mismo Collioure. Se han expuesto entre diciembre y enero en Perpignan, y en la actualidad, hasta el 30 de marzo, pueden verse en el MUME de La Jonquera. Las fotos constituían

un testimonio inédito hasta ahora. Manuel Moros era un artista que huyó de la mundanalidad parisina buscando la luz de Matisse y de Derain. Se declaraba de izquierdas, liberal, ateo, y conocía y simpatizaba con la República española a través de sus frecuentes viajes a la Catalunya del Sur. Había sido herido y preso en la Primera Guerra Mundial. Quiso realizar un testimonio directo de las condiciones en que el exilio republicano fue recibido en Francia. En noviembre de 1942 abandonó Collioure para huir de la ocupación alemana, y escondió algunas copias de las fotos en una lata metálica, que se recuperó acabada la contienda.

Moros fotografía mujeres, niños, hombres, ancianos, y a algunos oficiales de caballería que bien pudieran contarse entre los que transportaron el féretro de Machado hasta el cementerio de Collioure. Las imágenes de Moros no buscan el tremendismo, exponen lo que ve con una nitidez y una distancia respetuosa que sin duda habría sido del agrado del poeta: soldados senegaleses mirando carteles de cine; huidos apilados entre pilas de maletas y de bultos improvisados; mujeres expectantes, serias, con sus bebés en brazos; niños envueltos en mantas, muy serios también, como arrancados de repente del sueño de la infancia; milicianos y soldados con ademán fatigado. Muy pocas lágrimas, y casi ninguna sonrisa. Filas de camiones.

Cuerpos descansando en el suelo, en cualquier parte. Alambradas.

La mujer del quiosco que me vende el catálogo me regala la foto del dibujo que Josep Castell hizo con ocasión del cincuentenario de la muerte de Antonio Machado. Es un retrato del poeta. Machado, en Collioure, es el olmo seco que nos recuerda, mientras siga allí, en el pueblo ajeno pero hermoso en el que murió, que nuestros corazones, los corazones del pueblo, han de mirar hacia la luz y hacia la vida, aguardando siempre otro milagro de la primavera. Me gusta recordar, (ya lo hizo Gonzalo Santonja en el trabajo que he citado más arriba), que Machado debe seguir en Collioure porque, en palabras de Unamuno, "los muertos son de donde cuen".